

Fecha de recepción: 5 de septiembre de 2011

Fecha de aceptación: 1 de febrero de 2012

ESTUDIAR ANTROPOLOGÍA: UN CAMINO PARA ACTUAR EN UNA REALIDAD COMPLEJA

Eugenia Iturriaga

Universidad Autónoma de Yucatán

Resumen: En este trabajo quiero mostrar por qué jóvenes yucatecos tomaron la decisión de estudiar Antropología Social a pesar de que, como dicen muchos de ellos, no tiene muy buena fama. El estereotipo de los estudiantes de antropología prevaleciente en la sociedad es que son *hippies* y revoltosos, por lo que en la mayoría de los casos los padres se han tenido que resignar ante la decisión de sus hijos por estudiar esa carrera. En la primera parte de este trabajo busco ubicar la Licenciatura en Antropología Social en el contexto yucateco, mostrando la oferta educativa en el estado y las opciones existentes cuando se tiene interés en una disciplina social. Después presento el análisis del material recabado, a través de historias de vida y entrevistas, sobre las motivaciones y deseos de los jóvenes que ingresaron en septiembre de 2007 a la carrera de Antropología Social en la Universidad Autónoma de Yucatán. Por último presento una invitación a reflexionar sobre aquello que los profesores trasmitimos a nuestros alumnos a lo largo de su formación profesional.

Palabras clave: estudiantes; antropología social; estereotipos; Yucatán.

STUDYING ANTHROPOLOGY: A WAY TO ACT IN A COMPLEX REALITY

Abstract: In this work I want to demonstrate why young yucatecos took the decision to studying Social Anthropology even though, as many of them say, it does not have a very good reputation. The prevailing stereotype among anthropology students in the society is that they are hippies and rebels, so in most cases the parents have had to resign to their children's decision of studying this career. In the first part of this work I try to locate the bachelors degree in Social Anthropology in Yucatan's context, showing the educative options in the state and the existing options when there is an interest in a social discipline. Then, I exhibit the analysis of the collected material, through life stories and interviews, about the motivations of the young people who were admitted in September 2007 to the bachelors of Social Anthropology in the Universidad Autónoma de Yucatán. Finally, I present an invitation to reflect on what we the professors transmit to our students during their professional formation.

Keywords: students; social anthropology; stereotypes; Yucatán.

INTRODUCCIÓN

Estudiar una carrera universitaria es un privilegio que no muchos mexicanos tienen. Pocos jóvenes en el país pueden preguntarse “¿Qué quiero estudiar?” y menos aún: “¿Dónde?” En este trabajo busco mostrar por qué jóvenes yucatecos tomaron la decisión de estudiar Antropología Social aunque, como dicen muchos de ellos, no tiene buena fama en la sociedad. En la primera parte del ensayo ubico la Licenciatura en Antropología Social en el contexto yucateco. Después presento el análisis de las entrevistas que realicé a los estudiantes que ingresaron en septiembre de 2007 a la carrera de antropología social en la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), apoyándome en algunas historias de vida, y por último extendiendo una invitación a reflexionar sobre aquello que los profesores transmitimos a nuestros alumnos a lo largo de su formación profesional.

Para la realización de este trabajo empleé varias técnicas propias de la antropología, aunque no exclusivas, como entrevistas dirigidas, historias de vida y grupos focales. Las historias de vida fueron realizadas por los alumnos de segundo año de Antropología como parte de la materia “Técnicas de investigación cualitativa” en octubre y noviembre de 2007. Desde luego agradezco a todos ellos haber compartido conmigo su trabajo. Realicé entrevistas dirigidas en los primeros meses de 2008 y la discusión grupal en el mes de abril de ese mismo año, analizando el primer borrador de este trabajo.

OFERTA EDUCATIVA EN YUCATÁN

En Yucatán alrededor de quince mil jóvenes terminan sus estudios de preparatoria cada año, esto es 20 % de los jóvenes entre 18 y 19 años (INEGI 2005). Si se quiere estudiar una carrera universitaria se tienen pocas opciones fuera de la ciudad de Mérida, la capital del estado; de las 64 instituciones que ofrecen este servicio, 19 públicas y 45 privadas, sólo 17 se encuentran en el interior del estado. Sin embargo, si un joven desea estudiar alguna carrera relacionada con las ciencias sociales, el asunto se complica aún más, ya que sólo podrá encontrar alternativas en la ciudad de Mérida. Entiendo aquí como ciencias sociales las carreras de Antropología, Sociología, Ciencia Política, Relaciones Internacionales, Psicología Social y Comunicación, saliéndome de la categorización que hace la Universidad Autónoma de Yucatán del área social y administrativa que comprende las carreras que se imparten en las facultades de Derecho, Economía, Contaduría, Psicología, Educación y Ciencias Antropológicas.

En Mérida hay 12 instituciones que ofrecen carreras sociales,¹ 10 privadas² con colegiaturas que varían entre 2 000 y 5 000 pesos mensuales (más inscripción) y dos universidades públicas: la UADY y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).³ En 2007 presentaron solicitud de ingreso a la UADY aproximadamente 9 000 jóvenes, de los cuales sólo fueron aceptados 2 755, es decir, más del 30 % de las solicitudes. Las carreras con mayor demanda fueron: Medicina, Derecho y Contaduría Pública. En la Facultad de Ciencias Antropológicas presentaron examen de admisión 323 jóvenes, de los cuales fueron aceptados 118 alumnos. En la Facultad de Psicología solicitaron ingreso 590 aspirantes, pero sólo pudieron entrar 107 estudiantes. Estos datos muestran que alrededor del 10 % de los jóvenes que solicitaron ingreso a la UADY tenían interés en esta área del conocimiento.

De los 327 aspirantes a estudiar en la Facultad de Ciencias Antropológicas, 176 solicitaron su ingreso a la carrera de Comunicación Social, sin embargo, sólo fueron aceptados 30 estudiantes; el resto de las solicitudes se dirigieron de una forma más o menos equitativa a las otras carreras que ofrece la facultad: Antropología Social, Arqueología, Historia y Literatura Latinoamericana.

Las ciencias antropológicas tienen una larga tradición en Yucatán. En 1959 se creó el Centro de Estudios Mayas con el fin de formar filólogos en lengua maya. En 1966, una vez salida la primera generación de filólogos, cambió su nombre a Centro de Estudios Antropológicos y se creó la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Ésta tenía como objetivo formar antropólogos sociales y arqueólogos que requería el entonces Instituto Yucateco de Antropología e Historia, creado ocho años atrás. Este centro dio paso a la creación de la Escuela de Ciencias Antropológicas en 1970 que 16 años después, con la creación de la Maestría en Ciencias Antropológicas, pasó a ser Facultad (Ventura 2003). Así, el grupo de estudiantes analizado en este trabajo es la generación número 37 de antropólogos sociales formados en Yucatán.

¹ Ciencias Políticas, Comunicación, Psicología y Antropología.

² Centro de Estudios de las Américas (Psicología); Centro de Estudios CTM (Psicología); Instituto de Ciencias Sociales de Mérida (Comunicación y Ciencias Políticas y Administración); Instituto de Estudios Superiores de Las Américas (Comunicación); Instituto Superior de Administración y Computación (Psicología); Instituto Universitario Patria (Relaciones Internacionales); Universidad Anáhuac-Mayab (Psicología y Comunicación), Universidad Marista (Psicología), Universidad Mesoamericana (Ciencia Política y Comunicación).

³ En 2007, la UNAM, a través del Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, abrió la carrera de Desarrollo y Gestión Intercultural con duración de tres años. Ese mismo año, en que se realizó este trabajo, se inscribieron siete alumnos.

GENERACIÓN 2007-2011

En septiembre de 2007 ingresaron a la carrera de Antropología 23 jóvenes con una edad promedio de 19 años, el menor tenía 17 años y el mayor 23. Dos de ellos dejaron de asistir a clases durante el primer mes. Martín no se sentía cómodo en la facultad, la carrera no era lo que él esperaba y decidió darse un año para pensar lo que realmente quería estudiar, no sabía si psicología, arquitectura o alguna rama del diseño. Isabel tuvo problemas de salud y era necesario que se sometiera a una cirugía por lo cual pidió su baja. Al terminar el semestre otros dos jóvenes también abandonaron la carrera. Santiago no se sintió a gusto, se dio cuenta de que le gustaba más la historia por lo que decidió cambiar de carrera.⁴ Sara extrañaba mucho a su familia, había dejado la ciudad de Cancún para entrar a la UADY. “Mi sueño –me dijo cuando nos despedimos– era entrar a la Autónoma de Yucatán. El problema es que no me gusta vivir aquí en Mérida, extraño mucho mi casa. De regreso en Cancún pienso presentar examen en la Universidad del Caribe para estudiar Turismo Sustentable. Para estos cuatro jóvenes, su estancia en la facultad había sido su primera experiencia universitaria, tenían claro su deseo por estudiar pero, al parecer, la antropología no era su mejor opción.

De los 19 jóvenes restantes, 9 mujeres y 12 hombres, 5 habían abandonado otra carrera para estudiar Antropología (éstas iban desde Veterinaria hasta Ingeniería Mecánica pasando por Educación y Diseño). “A los 18 años no es fácil saber lo que uno quiere hacer con la vida”, me comentó, muy convencido, uno de ellos. Durante las entrevistas casi todos me dijeron que a pesar de que la carrera no ha sido exactamente lo que tenían en mente, creían que sí la iban a terminar.⁵ Al entrar a la facultad algunos pensaban que estudiarían a los australopitecos, otros creían que tenía mucho más que ver con la arqueología y otros, con huesos. “Ha de ser porque en las clases de la preparatoria eso era lo que veíamos”, me dijo uno de ellos.

Sin embargo muchos esperaban ansiosos el trabajo de campo, salir a los pueblos, trabajar con la gente y su frustración fue mucha cuando se dieron cuenta de que tendrían que esperar al sexto semestre para poder salir al campo. “¿Sabes?, –me dijo una joven– la mitad del grupo quiso darse de baja a la mitad del semestre pasado porque teníamos la impresión [de] que haríamos trabajo de campo y todo lo que veíamos era muy teórico.” Raúl me dijo muy seriamente: “Mi visión sí ha cambiado, yo pensaba que el antropólogo era un investigador muy vinculado con las causas sociales. Que los antropólogos luchaban por esas causas para que

⁴ En 2008 ingresó a la carrera de Historia en la misma Facultad.

⁵ Hasta 2009, sólo una estudiante se había dado de baja temporal por embarazo.

el pueblo estuviera mejor. Para eso hacían investigaciones. Por eso yo quería ser investigador, ahora me doy cuenta que no es tan así, que hay matices”.

Los caminos que los llevaron a la antropología fueron diversos. Unos buscaban explicaciones: “Yo tenía mucho interés por entender las cosas, buscaba una explicación de por qué suceden las cosas. Tengo gusto por saber y por conocer. En parte la pregunta que quería responder con la antropología era por qué nos comportamos como nos comportamos”, “Yo tenía dudas en cuanto a la religión, sabía que tenía que haber algo más, tenía que haber otras explicaciones. Quería saber más, ya no vale lo que te dicen tus papás. Tiene que haber otras razones. Me gustaba la psicología, pero me parecía que los antropólogos investigan más”.

Un asiduo cibernauta me dijo: “Yo llegué a la antropología por el internet. Siempre me han gustado las tocadás⁶ y cuando buscaba información siempre me aparecían artículos antropológicos, me parecía muy interesante cómo veían las tocadás, no como un evento más en las ciudades, sino como formadoras de identidades. Esos artículos hicieron que me fijara en la antropología”.

Algunos tenían más un motivo práctico: “Decidí estudiar antropología porque difícilmente iba a poder entrar a otra carrera. Antropología era la que menos demanda tenía y había más *chances* de entrar a la universidad”.

La idea de aventura y viaje era algo recurrente en la mayoría de los relatos, uno de ellos sintetizó: “Para mí, el antropólogo es un mochilero laboral”. Otra idea presente fue considerar la antropología como una disciplina abierta a la diversidad de opiniones; uno de los estudiantes aseveró: “La antropología me atrajo porque no es una carrera cuadrada.” A una joven indecisa sus papás la motivaron por razones parecidas: “Mi mamá de joven no era conformista, era izquierdista y leía mucho. Mis papás me decían que la Antropología era muy interesante y que en esa carrera podías decir lo que pensabas y defenderlo, que la actitud de los maestros es más tolerante. Cuando les dije que quería estudiar Derecho mi mamá me dijo: No, ¿qué haces? Y pues yo entré en depresión. Cuando decidí presentar el examen en Antropología mis papás se pusieron felices”.

Cinco jóvenes tomaron la decisión de estudiar Antropología después de asistir a la Feria de Carreras que organiza todos los años la UADY. Las distintas facultades de la Universidad muestran, a través de pequeños videos y charlas de 15 minutos, las carreras que ofrecen. Muchas preparatorias, públicas y privadas, llevan a sus estudiantes para que escuchen las distintas opciones que ofrece la UADY. “Yo no tenía claro qué quería, pero sabía que tenía que ser algo social. El día de las pláticas de carreras de la UADY entré a la de Psicología, la de Comunicación, la de Derecho y la de Antropología. La maestra Guadalupe dio la plática y me gustó,

⁶ Lastocadas son conciertos informales de ciertos géneros musicales como *punk*, *rock*, *ska*, *reggae*.

vi que podía trabajar en una ONG y eso me animó mucho.” Otro me dijo: “Todos mis amigos ya estaban en la universidad yo no sabía qué estudiar, en la Feria de Carreras me llamó la atención Antropología porque salías al campo y presenté el examen, aunque realmente no sé por qué me quedé, nunca pensé quedarme. El día del examen me encontré con una amiga y quedamos en que el que saliera al último invitaba el desayuno, yo no quería pagar así que sólo llené las bolitas [de la hoja de respuestas], no leí las preguntas. No se por qué me aceptaron, además en mi vida había agarrado un libro para leer. Las fiestas del salón me gustaron y por eso me quedé”. Alejandro estaba entre Comunicación y Antropología: “Fui a la Feria de Carreras de la UADY y me gustó más Comunicación. Pero después fui a la facultad y hablé con las coordinadoras. Me di cuenta de que prefería la antropología”. “Yo –me dijo otra estudiante– estudié para Ciencias Biológicas pero cuando mi grupo debía ir a la Feria de Carreras no pude y tuve que ir el día de la muestra de las carreras sociales. Entré a las pláticas y me gustó Antropología. Aunque pensé que veríamos algo de huesos, a mí me llama la atención la antropología esquelética”.

Para cuatro jóvenes la antropología no era su primera opción, tres habían pensado en estudiar sociología pero esta carrera no se imparte en Yucatán. “Yo quería estudiar Sociología pero no había aquí y mis papás no querían que me fuera sola al D. F. A mí me hubiera gustado estudiar en la UNAM, pero bueno, Antropología en la UADY, no está mal”, me dijo con una sonrisa. Algo parecido sucedió con los otros dos. El más joven del grupo quería estudiar cine, pero eso significaría dejar Yucatán e ir a vivir a la ciudad de México, cosa que ni siquiera discutió con sus papás, por lo que se conformó con la posibilidad de hacer antropología visual.

Al inicio del segundo semestre este grupo tenía ya otra idea de lo que era la carrera de Antropología y sus expectativas cambiaron. Uno me dijo: “Yo pensé que la carrera era algo muy fácil, que iba a tener mucho tiempo para hacer otras cosas, a lo mejor hasta podía buscar trabajo, pero ya me di cuenta de que el tiempo no da, hay que leer mucho”. Otro: “Todos me decían que antropología era *botadísimo*,⁷ que en esta facultad no se hace nada más que grilla y ahora yo soy quien más estudia de mis amigos, siempre tengo algo que leer”. La cantidad de lecturas al semestre es algo en lo que todos los entrevistados reflexionaron. Amanda me dijo: “Mi novio siempre me pregunta: ‘¿Por qué lees tanto?’ Él estudia mecatrónica y no entiende que para estudiar antropología hay que leer mucho”.

Sus momentos de recreación disminuyeron; por ejemplo, muchos dijeron que la carrera los había alejando de la televisión, aunque algunos sí confesaron

⁷ *Botadísimo* quiere decir “muy fácil”.

su gusto por las series norteamericanas como, *Dr. House*, *Bones* (donde la protagonista es una antropóloga forense), *Friends*, *Héroes* y caricaturas como *Los Simpson* y *Bob Esponja*. Casi ninguno tenía el hábito de leer el periódico, algunos lo revisaban cuando sus papás lo compraban, generalmente los fines de semana. Otros, cuando había una noticia importante, la leían por internet en los diarios locales y/o nacionales. La mayoría de estos jóvenes vivía en la casa de sus padres, tres vivían con amigos o familiares, ya que sus padres residían fuera de la ciudad de Mérida. Sólo un estudiante no contaba con computadora, cinco más no tenían internet en casa por lo que todos ellos acudían a un *cyber café* o a la sala de cómputo de la facultad.

Del total de los estudiantes, 52 % realizó todos sus estudios (previos a su ingreso a la universidad) en escuelas públicas y el 48 % restante lo realizó tanto en públicas como privadas y ninguno realizó sus estudios sólo en escuelas privadas. “Yo tuve que entrar a una privada porque no pasé el examen para la prepa de la UADY” y ése, como pude notar en las entrevistas, fue el caso de cuatro estudiantes más. Casi la mitad del grupo realiza alguna actividad remunerada, pero no la consideran un trabajo formal, las actividades son variadas: asesorías a niños de primaria y secundaria, venta de computadoras por catálogo, atender mesas en restaurantes viernes y sábados, impartir clases de baile, cuidar a los hijos de sus hermanas por las tardes, tocar en un grupo los fines de semana o entrenar a un equipo de básquetbol.

De los 19 estudiantes entrevistados, sólo uno de ellos habla maya fluidamente y cinco dicen entender un poco. Sin embargo, la historia de sus padres y de sus abuelos es muy distinta: el 45% de los padres y 78 % de los abuelos nacidos en el estado de Yucatán hablan o hablaban maya. Hay que recordar que Yucatán es un estado con una fuerte presencia indígena, actualmente alrededor de 35 % de la población es hablante de maya (INEGI 2005). Sólo hay dos estudiantes que no tienen ningún familiar nacido en el estado, ya que sus padres migraron a Yucatán hace algunos años, por cuestiones de trabajo.

Aunque la mayoría creía tener poco en común con sus compañeros (sólo algunos se conocían porque habían estudiado en la prepa 2) yo estaba segura de que compartían muchas más cosas de lo que ellos creían. A casi todos les atraía la diversidad, les gustaba conocer otros lugares, viajar y salir, como ellos decían, “a los pueblos para convivir con la gente”. Además de este deseo por conocer estaba presente una preocupación social, ganas de ayudar a los demás modificando la realidad en la que viven. Cuando les pregunté: ¿Qué te gustaría hacer cuando termines la carrera?, las respuestas no fueron tan distintas, como cuando les pregunté qué los había llevado a estudiar antropología.

“Yo quiero trabajar en una ONG que defienda los derechos humanos de los pueblos indígenas”, me dijo Carmen muy convencida. “A mí –respondió otra estudiante– me gustaría seguir estudiando y luego trabajar en antropología aplicada en temas que tengan que ver con la mujer”. “Terminando la carrera –me dijo Ramón– a mí me gustaría dar clase en un territorio zapatista, ayudar un poco y después trabajar en una asociación ciudadana, nunca para el gobierno”. La respuesta de César fue: “Yo, cuando termine quiero trabajar con la gente en proyectos productivos, en alguna ONG o en el gobierno. También quiero seguir estudiando, pero primero trabajar un poco”. Enrique, como Ramón, no quería trabajar para el gobierno, él quería trabajar en algo que ayudara a la ecología o en alguna “ONG relacionada con algo humanitario”.

Las expectativas para el final de la carrera han cambiado en casi todos. Cuando ingresaron pensaban que al terminar sus estudios trabajarían. Ocho meses después, pensaban en seguir estudiando. “Si me hubieras preguntado qué quería hacer cuando acabara la carrera cuando entré a la facultad, te hubiera dicho que trabajar, pero ahora que sé que hay becas que te pagan por estudiar, yo quiero una beca y seguir estudiando, después quiero hacer antropología aplicada”.

Además de sus ganas por trabajar con la gente, estos jóvenes también compartían la valentía de defender sus intereses por encima de la opinión de sus padres. “Mi papá me apoyó, pero mi mamá me dijo: ¡Cómo que vas a estudiar Antropología! ¿De qué vas a vivir?, yo le dije que no estudio por el dinero sino para aprender. Ella sí que dio el grito en el cielo”. “A mi mamá –me dijo otro– le costó trabajo aceptar mi decisión, le hubiera gustado que estudiara Ingeniería como mi papá”, Yo cuando le dije a mi mamá que quería estudiar Antropología me dijo: No vas a tener dinero, ¿dónde vas a trabajar?, pero igual me apoyó, aunque sigue creyendo que estudio Arqueología”. “Mis papás no me dijeron nada, pero a cada rato me preguntaban: ¿Estás segura de que eso es lo que quieres? ¿No tienes otra opción? ¿Ya lo pensaste bien? Y poco tiempo después me decían: Bueno, si te arrepientes y te quieres salir de esa carrera no importa...” Amanda me dijo: “A mi papá le dio igual, pero mi mamá me dijo que no iba a encontrar trabajo y como me gustan los números me convenía estudiar Contaduría, como mi papá. ¿Dónde vas a trabajar?, me repetía hasta que un día le dije: Mira mamá, el trabajo es poco pero la competencia es menor. De Contaduría se gradúan 600 cada año y de Antropología el año pasado sólo se graduó uno. Al escuchar eso quise explicarle que no es lo común en la carrera y que esa generación había pasado por varios cambios en los planes de estudio, lo que había desanimado a varios y retrasado a la mayoría. Pero la verdad su argumento seguía vigente, ciertamente se gradúan más contadores que antropólogos”. Otro me comentó:

“Mi mamá me dijo: Yo te apoyo en lo que estudies, sólo ten cuidado porque dicen que los antropólogos no se bañan y hacen fiestas muy feas. El problema fue decírselo a mi papá. Él quería que yo estudiara Ingeniería y me quedara con su taller, pero mi abuelo, en cambio, el papá de mi papá, se encantó. Él da clases de maya y me dijo que me iba a enseñar”. “Mi mamá se preocupó cuando le dije que iba a estudiar Antropología porque dice que en la escuela hay comunistas y que yo me podía convertir en uno de ellos y salir a gritar a las calles. Sin embargo, siempre me ha apoyado en lo que hago, ella quería que estudiara para maestro, pero esa no era mi vocación.” El papá de Sandra aceptó la carrera, pero le hace mucha burla: “El otro día le pedí dinero a mi papá para comprarme ropa y me dijo: ¿Para qué quieres ropa, si eres antropóloga, no?, ellos llevan un solo pantalón todo el año y ni lo lavan”. La familia de Cristóbal es muy católica y piensan que los antropólogos son personas ateas que no creen en Dios: “Una tía me decía: Ten cuidado porque cuando los antropólogos se gradúan se olvidan de Dios”.

Al analizar las entrevistas noté que hay una relación entre el grado de escolaridad de los padres y el nivel de aceptación de la carrera. Los padres con escolaridad de primaria no cuestionaron a sus hijos sobre la decisión que tomaron, están orgullosos de que sus hijos cursen una carrera universitaria. Los padres con una escolaridad media superior y magisterial hicieron fuertes cuestionamientos sobre el estudiar Antropología. Y por último, los padres con una formación universitaria respetaron más e incluso, en algunos casos, animaron a sus hijos en sus estudios. En el grupo entrevistado, 57 % de los estudiantes tuvo por lo menos un padre que accedió a educación superior, aunque fuera sólo un semestre.

Para todos los jóvenes entrevistados estudiar Antropología significó un enfrentamiento con sus grupos de interacción cotidiana. Los estereotipos y prejuicios hacia el antropólogo se presentaban tanto en sus reuniones familiares como con su grupo de amigos de la preparatoria o de la infancia. Una chica me decía indignada: “Un día me preguntaron si era verdad que a la entrada de la Facultad había un letrero que decía: *Por favor no se fumen el pasto*, creen que todos somos mariguanos. El otro día hasta me preguntaron si yo les podía conseguir mariguana, yo le dije: ¿Qué te hace pensar eso?, y me contestó: ¿Pues que no estudias en Antropología?”. A Raquel sus compañeras de casa le dijeron que seguro después de un semestre ya no se iba a bañar y se iba hacer rastas, volver *hippie* y grillera. “Ya pasó el semestre y sí me baño, no soy *hippie* aunque sí grillera, pero eso desde antes”. “Dicen que en antropología son *hippiosos*, drogadictos y revoltosos pero nada que ver, bueno, podemos decir que sí un poco *hippiosos*, porque algunos llevan ropa de manta, pantalones de mezclilla y chanclas, pero eso de drogadictos y revoltosos, yo no lo veo así, en mi salón son muy sanos, sólo

les gusta la cerveza”. El novio de Karina dice que los antropólogos son utópicos, que están perdiendo su tiempo en la escuela, que se quedaron en los años setenta. A pesar de lo que escuchan, todos consideran que estos estereotipos presentes en la sociedad no concuerdan con lo que viven en la facultad. “En la escuela hay de todo: *pandrosos* y *fresas*”,⁸ me dijeron varios. Otros reconocen que ellos también tenían esos estereotipos antes de entrar: “Cuando vine por mi ficha pensaba encontrar más rastas pero todos eran normales”. Sin embargo, los estereotipos no son exclusivos de fuera: “en mi salón también hay estereotipos –me remarcó una chica. Por ejemplo, dicen que yo soy muy fresa para estar aquí. Imagínate, soy fresa porque me gusta ir al cine a la Gran Plaza.”⁹

A estos 19 jóvenes, con capitales culturales¹⁰ diversos, los unía la idea de cambio social y las ganas de trabajar por la gente. Sin embargo, después de compartir con ellos los resultados de las entrevistas, me di cuenta de que también los une la desesperación al no encontrar la vinculación de su carrera con algo práctico. Después de que escucharon las 10 cuartillas que yo había redactado con sus entrevistas, entre risas y comentarios como “yo le dije eso”, “eso seguro lo dijiste tú”, vino un tiempo de discusión. Si bien todos estaban de acuerdo en lo que había escrito, me dijeron que ahora se daban cuenta de que no había nada que ligara lo que veían en sus clases con la realidad en la que vivían. “Yo sé que la UADY tiene programas sociales, ¿por qué la Facultad no está presente?”, me dijo un joven en tono molesto. Otro, en la misma línea comentó: “¿Sabes lo que desespera mucho? Leer y leer y no hacer nada”. “Ahora que estamos en confianza –me dijo otro– te voy a decir algo. Ya estoy harto de Malinowski y de Durkheim, nadie nos ha explicado qué tienen que ver con nosotros”. Raúl concluyó diciendo: “Nos vamos a sentir motivados cuando podamos vincular lo teórico y lo práctico con nuestra realidad”.

El siguiente semestre cuatro de ellos se involucraron en el programa de la universidad “Hoy en tu comunidad”. Este proyecto, creado en 2004, tiene como objetivo que los estudiantes de la UADY apliquen sus conocimientos en escenarios reales de aprendizaje, atiendan y orienten a las familias de escasos recursos que carecen de servicios básicos. Es un programa en el que participan equipos de 19

⁸ *Pandrosos* son personas mal vestidas, fachosas, y *fresas* son personas vestidas a la moda o burgueses.

⁹ La Gran Plaza es un centro comercial en el norte de la ciudad, cercano a las zonas donde radican las clases medias y altas de Mérida.

¹⁰ Siguiendo a Bourdieu (1987) entiendo por capital cultural el conjunto de conocimientos y saberes que posee un sujeto. Así, el capital cultural puede existir bajo tres formas: en el *estado incorporado*, es decir, bajo la forma de disposiciones duraderas del organismo; en el *estado objetivado*, bajo la forma de bienes culturales, y finalmente en el *estado institucionalizado*.

de las 40 carreras que se imparten en la Universidad Autónoma de Yucatán. Los jóvenes acuden los sábados de manera voluntaria a comunidades rurales de Yucatán, para poner al servicio de los pobladores los conocimientos adquiridos en las aulas. Los estudiantes ofrecen básicamente servicio de salud. En palabras de su coordinador: “Es un programa que acerca a los universitarios a la realidad social y pretendemos con ello sensibilizarlos”.¹¹

En un inicio el programa les pareció aburrido, no hacían nada interesante. “Cuando llegábamos nos decían que como éramos antropólogos debíamos hacer entrevistas, a mí me daba pena y dejé de ir”, me dijo uno de ellos. Tiempo después se incorporaron otros miembros de la generación 2007. “Cuando llegamos, una de las coordinadoras nos preguntó: ¿Ustedes son antropólogos? ¿Qué saben hacer los antropólogos? Estábamos pensando en qué contestar cuando dijo: Bueno, pues entrevisten a la gente, averigüen qué comen, a lo mejor eso les puede ayudar a los médicos para algo”. Sorprendidos y un poco indignados, se dividieron en parejas y fueron en busca de sus informantes. Además de preguntar por la alimentación, estos jóvenes se interesaron en conocer las historias de la comunidad. Les contaron que ahí, en Sacalum, hay un cenote donde encontraron hace muchos años un *sastun*, una piedra que cura. “Nos dijeron que, por ejemplo, cuando un niño tiene una dolencia, le ponen la piedra y lo alivia”.

Durante toda la mañana los jóvenes estudiantes de antropología realizaron entrevistas, después de comer se reunieron con los demás estudiantes de la UADY para lo que se llamaba “sesión clínica”. “Era una cosa aburridísima, se paraba uno de los médicos y explicaba los padecimientos que había encontrado en la comunidad y decía cómo los había medicado. Todo en términos inentendibles”. “El coordinador –me dijo otro– seguro nos vio la cara larga porque nos preguntó qué nos pasaba. Yo le dije que no veía el caso de que estuviéramos en esa reunión, que nosotros no aportábamos nada”. Cuando los médicos terminaron de hablar el coordinador preguntó si alguien de otra carrera quería contar su experiencia. Sergio fue el único que se animó a hablar. Les dijo que él era estudiante de Antropología y que ese día la gente de Sacalum les había contado que ellos tenían un *sastun*, una piedra que curaba. “¿Qué podría decir la medicina occidental de esta práctica cultural? ¿Qué hacen ustedes con las creencias de la gente?”, les preguntó a los médicos, mientras éstos lo miraban con sorpresa y algunos con horror. El coordinador del programa retomó el micrófono y dijo que eso era lo más valioso de esas experiencias, que cada joven con su especialidad podía aportar cosas a los otros y agradecía a los muchachos de Antropología que se hubieran integrado al programa. A partir de entonces la sesión clínica pasó a llamarse sólo “Sesión”,

¹¹ Comunicación personal, abril de 2009.

en ella participan todos los que quieren compartir su experiencia sin importar la carrera. “Algunos médicos nos ven feo, otros nos han dicho que desde que nosotros venimos ya no ven igual a sus pacientes, que los hemos hecho reflexionar”. José concluyó: “Ese debe ser el papel del antropólogo, ¿no?”

Cada sábado, por lo menos cinco estudiantes de Antropología¹² asisten a una comunidad rural del estado, pero más que a trabajar por la gente del pueblo, “que si lo hacemos”, a trabajar para que los otros estudiantes reconozcan la diversidad cultural del estado.

¿PARA QUÉ LOS FORMAMOS?

La antropología en México, en sus inicios y hasta la década de 1970 tuvo un carácter práctico y estuvo ligada al Estado. Muchos antropólogos se desligaron del Estado y se inició una antropología académica. Mercedes Olivera señalaba en *De eso que llaman antropología mexicana* (1970) la necesidad de profesionalizar la antropología y destacaba la importancia de hacer investigación.

En México, la década de los setenta y ochenta fueron un periodo de expansión de las instituciones académicas, tanto de docencia como de investigación. Los egresados de antropología encontraron espacios laborales en estas nuevas instituciones. En Yucatán, un porcentaje importante de los entonces estudiantes de Antropología se incorporaron como profesores e investigadores a la Universidad Autónoma de Yucatán. Hoy es difícil que se abra un espacio en las universidades y centros de investigación por lo que los jóvenes antropólogos tienen pocas posibilidades de insertarse laboralmente en la academia. Según el Inventario antropológico se graduaron en Antropología Social, entre 2002 y 2006, en el país: 578 licenciados, 386 maestros y 219 doctores.¹³ Queda claro que no hay instituciones suficientes para dar cabida a 1 183 académicos, sean éstos doctores, maestros o licenciados.

¹² Sólo participan en el programa los estudiantes de la generación analizada en este trabajo.

¹³ Graduados de Licenciatura en Antropología Social: ENAH 144, Universidad Autónoma de Chiapas 14, Universidad Autónoma de Yucatán 52, Universidad Autónoma del Estado de México 105, Universidad Autónoma de Morelos 7, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa 164, Universidad de Quintana Roo 32, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla 60 (*Inventario Antropológico* 2007: 531-590). Graduados de la Maestría en Antropología Social: CIESAS D. F. 71, CIESAS Chiapas 20, Colegio de Michoacán 41, Colegio de San Luis 2, ENAH 37, Universidad Autónoma de Chiapas 3, UNAM 51, Universidad Autónoma de Querétaro 8, UADY 35, UAM-Iztapalapa 71, Universidad de las Américas-Puebla 13, Iberoamericana 36 (*Inventario Antropológico* 2007: 591-617). Graduados del Doctorado en Antropología: CIESAS D. F. 19, CIESAS Occidente 33, Colegio de Michoacán 7, ENAH 52, UAM-I 35, Iberoamericana 19, UNAM 54 (*Inventario Antropológico* 2007: 617-628).

Aunque la demanda de antropólogos para ocupar puestos en instituciones académicas es muy restringida, en las escuelas de antropología se sigue formando a las nuevas generaciones como investigadores, dejando de lado la labor del antropólogo fuera de la academia. Por otra parte, el pensar en una antropología práctica, promotora de cambio social, no es una idea muy bien recibida en la academia hoy en día. Hay colegas que opinan que esa tarea le corresponde a la escuela de trabajo social, y que lo que atañe a nuestra disciplina es la investigación.

A estos jóvenes que llegaron a la antropología por muy distintos motivos los unía el deseo de cambiar la realidad en la que viven. A terminar el primer semestre de la carrera sus expectativas cambiaron, ya no querían sólo salir a trabajar sino seguir estudiando, preparándose para más adelante trabajar para la sociedad. Al terminar el cuarto semestre, tras dos años de convivir con académicos, la mayoría tiene como meta un doctorado y el sueño de hacer investigación desde la academia. Juan Luis Sariego se pregunta “¿Es acaso el espacio académico el único en el que puede seguir teniendo vigencia el saber antropológico? ¿Debemos entender nuestra comunidad profesional sólo como una entidad científica?” (2007: 119). Creo que estas son cuestiones que deben entrar a debate dentro de las instituciones formadoras de antropólogos y preguntarnos: ¿Para qué estamos preparando a estos jóvenes? ¿Les daremos las herramientas para trabajar en una realidad concreta?, ¿o será que como académicos sólo sabemos formar más académicos?

REFERENCIAS

BOURDIEU, PIERRE

1987 Los tres estados del capital cultural, *Sociológica* 5: 11-17.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA

2005 *Conteo de población y vivienda 2005*, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, Aguascalientes.

INVENTARIO ANTROPOLÓGICO

2007 Vol. 8, 2002-2006, Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad Autónoma de Yucatán-Red Mexicana de Instituciones Formadoras de Antropólogos.

OLIVERA, MERCEDES

1970 Algunos problemas de la investigación antropológica actual, en Arturo Warman (coord.), *De eso que llaman antropología mexicana*, Nuestro Tiempo, México: 94-117.

An. Antrop., 46 (2012), 75-88, ISSN: 0185-1225

SARIEGO, JUAN LUIS

2007 La academización de la antropología en México, Ángela Giglia, Carlos Garma y Ana Paula de Teresa (comps.), *¿Adónde va la antropología?*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México: 111-117.

VENTURA, HIRAM

2003 *Una visión acerca de la formación y el quehacer profesional del antropólogo social en Yucatán*, tesis, Facultad de Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida.